

**Educación liberal.** — El nombre que verdaderamente convendría á la educación general y esencial, es el de *educación liberal*, aunque hasta hoy esta denominación se haya reservado con preferencia para los estudios preparatorios de las profesiones liberales.

Si todos los hombres son libres moralmente para determinar sus acciones, y políticamente por su participación en el gobierno de la sociedad de que forman parte, es evidente que todos tienen derecho, cualquiera que sea su condición, á una educación liberal que esclarezca y liberte su espíritu y su voluntad. Las humanidades clásicas y las lenguas muertas pasaban en otro tiempo por ser el único instrumento de la educación liberal, pero hoy los estudios históricos y científicos, aun reducidos á sus elementos más sencillos, son considerados como verdaderamente libertadores y constituyen lo que se podría llamar las humanidades primarias. Hasta los ejercicios físicos, que dan agilidad al cuerpo y le preparan á ser más tarde el dócil instrumento de la educación profesional, forman parte en cierto sentido de la educación liberal.

« Un hombre ha recibido una educación liberal, dice M. Huxley, cuando ha sido educado de tal manera que su cuerpo sea para él un servidor siempre pronto á cumplir su voluntad y á ejecutar fácilmente el trabajo de que es capaz; cuando la inteligencia de ese hombre sea un instrumento de lógica lúcida y fría, cuyas partes estén en buen orden y tengan fuerza igual, semejante, en una palabra, á una máquina de vapor aplicable á toda especie de trabajo (1). »

No es, pues, necesario, para recibir una educación liberal aspirar á una alta instrucción intelectual. Basta que la elemental haya sido dirigida de modo tal que prepare el libre desarrollo de la razón. Se puede decir, en cierto modo, que la antigua educación de los jesuitas no era una educación liberal, porque no tendía suficientemente á libertar las voluntades y

(1) Huxley, *Sermons laïque*, p. 49.

los espíritus. Por el contrario, un pobre obrero da á sus hijos una educación liberal si procura abrir su inteligencia y fortificar su energía moral, aunque sus medios no le permitan darle más que los elementos de las ciencias.

**El principio de la naturaleza.** — Desde Rousseau sobre todo, los pedagogos repiten á porfía que el gran principio de la educación es su conformidad con las leyes de la naturaleza. No hemos de contradecirles nosotros. Cuanto más nos aproximemos á las necesidades naturales del niño y más tengamos en cuenta sus aptitudes, más adaptaremos los objetos y los métodos de la instrucción al desarrollo progresivo de sus facultades y más convertiremos la educación en una obra útil y verdaderamente eficaz, sobre todo si tenemos en cuenta, no sólo la naturaleza general del hombre, sino la particular de cada niño.

« El hombre, decía Diesterweg, debe llegar á ser aquello á que la naturaleza le destina, y este destino se conoce en sus aptitudes. En vano se pretenderá formarle para cosas para las cuales no es propio; jamás se hará de él un ángel, porque no ha nacido para eso. No puede ni debe ser más que un hombre. Cada individuo, á su vez, llega á ser lo que reclaman y llevan consigo sus aptitudes. Trátese, si no, de hacer un Mozart de un sordo mudo ó de un individuo que no tenga buen oído. »

No se trata, pues, hoy, como en otro tiempo, de luchar contra la naturaleza, de tratarla como una enemiga, ni de combatirla como á una influencia envenenada. Es preciso, por el contrario, tener confianza en ella, sin abandonarla, sin embargo, todo el trabajo, como se hace con un amigo al que se escucha y se sigue, pero al cual es á veces necesario negar ciertas concesiones.

**¿Qué se entiende por naturaleza?** — Si el principio de la naturaleza es excelente, no hay que disimular, sin embargo, que es vago y que se presta á errores. En el fondo lo que se llama naturaleza es aun un ideal que cada pedagogo concibe á su manera.

« ¿En qué consiste, dice Diesterweg, la conformidad con la naturaleza? ¿Dónde la encontramos? ¿Cómo reconocerla? ¿Qué hombres le han permanecido fieles? ¿Habrá que buscarlos en las selvas vírgenes de América, en las tribus del mar del sur ó en las naciones civilizadas de Europa? ¿Dónde están los seres privilegiados, bastante dichosos para no separarse jamás de las leyes de la naturaleza? »

Para encontrar las respuestas á estas preguntas no hay otro medio que observar con imparcialidad al niño en la edad en que las convenciones, la moda, los artificios de la sociedad, no han alterado todavía su sencillez nativa. « Estudiemos al hombre en el niño, » como decía Rousseau.

#### Restricciones del principio de la naturaleza.

— Por muy buena opinión, por otra parte, que se tenga de la naturaleza humana, no se debe pensar en complacerla en todo. M. Bain admite que hay instintos malos, como la cólera, el odio, la antipatía, la envidia, el menosprecio. La educación, pues, debe reprimirlos y corregirlos, lejos de fomentarlos y extenderlos.

No olvidemos, además, que la naturaleza, abandonada á sí misma, no forma más que salvajes. Solamente la educación nos hace pasar del estado de animal al de hombre: ella es la que nos despoja de nuestro salvajismo natural, como decía Kant.

« El hombre no llega á serlo más que por la educación; no es más que lo que la educación le hace ser. El que no está disciplinado es un salvaje. »

En otros términos; la educación puede querer inspirarse en la naturaleza y conformarse con ella, pero no por eso deja de ser un arte, es decir, un conjunto de máximas fundadas en las experiencias sucesivas de las generaciones humanas; una sucesión de procedimientos conformes con los elementos nuevos que los progresos y la civilización han introducido poco á poco en la naturaleza primitiva del hombre. No es al hombre en general al que se trata de educar; es al

hombre del siglo diez y nueve, al hombre de un país determinado.

La naturaleza entra en la pedagogía como el sufragio universal en la política. Es preciso, sin duda alguna, obedecer á la mayoría, á la ley del número, en los asuntos sociales, como es preciso en la educación seguir á la naturaleza. Pero así como la mayoría debe inspirarse en la razón y en la justicia, la educación natural, por su parte, no debe ser más que el desarrollo de la razón del hombre.

**La educación obra de libertad.** — La educación del hombre no es, pues, la de un ser inerte y pasivo, sino la de uno activo y libre, cuya instrucción se provoca y cuya espontaneidad se excita.

Se ha comparado con frecuencia la educación con la escultura y se ha dicho que el fin de aquella era esculpir, por decirlo así, las almas humanas, según un modelo ya formado. El error de esta comparación consiste en olvidar que el espíritu no es una materia inerte que se deja formar á voluntad y obedece pasivamente á todo lo que se hace en ella, como el mármol ó la madera al cincel del artista. Lejos de esto, el espíritu del niño reacciona sin cesar y mezcla su acción propia á la del educador. La educación es una colaboración del discípulo y del maestro. Á veces el colaborador se resiste por capricho ó por una especie de hostilidad declarada; más frecuentemente no se asocia al trabajo del maestro y le desconcierta por su inercia. Pero en una educación bien realizada el discípulo debe ser el aliado del maestro, conspirar por su parte al fin á que se le conduce y tomar parte por sus esfuerzos personales en la educación que recibe.

« Maestro, decía elocuentemente Pestalozzi (1), está persuadido de la excelencia de la libertad; no te dejes llevar por vanidad á hacer producir á tus cuidados frutos prematuros; que tu niño sea todo lo libre que pueda ser; procura preciosamente

(1) *Histoire de Pestalozzi*, por R. de Guimps, p. 57.

todo lo que te permita dejarle libertad, tranquilidad é igualdad de carácter. No le enseñes por palabras nada, absolutamente nada, que puedas enseñarle por los efectos de la naturaleza misma de las cosas. Déjale ver, oír, encontrar, caer, levantarse y engañarse por sí mismo. Nada de palabras cuando la acción, cuando el hecho mismo es posible. Que él haga cuanto pueda hacer por sí mismo. Que esté siempre ocupado, siempre activo, y que el tiempo durante el cual no le molestes sea, con mucho, la mayor parte de su infancia. Tú observarás que la naturaleza le instruye mejor que los hombres. »

**La educación obra de autoridad.** — Con razón decía Kant que uno de los más grandes problemas de la educación es conciliar la libertad del niño con la necesidad de la represión.

De la misma preocupación estaba poseído Pestalozzi cuando escribía :

« Me encuentro á veces contrariado por haber suprimido en la educación de mis hijos el tono de autoridad del maestro. ¿Dónde encontraré el límite entre la libertad y la obediencia? »

« Hay casos urgentes en los cuales la libertad del niño sería su perdición, y hasta en las circunstancias más favorables es necesario, á veces, contrariar su voluntad. »

La educación no abandona la naturaleza á sí misma, sino que la vigila, le dicta sus reglas y, en caso de necesidad, la reprime. De un modo general, es obra de autoridad lo mismo que de libertad, pues la autoridad adquirida por el maestro que sepa hacerse estimar y obedecer, le permitirá recurrir al convencimiento con más frecuencia que á la represión. Cuanto más autoridad tenga, menos necesitará usarla.

Uno de los maestros de la pedagogía contemporánea, M. Buisson, ha analizado delicadamente las condiciones de esta autoridad :

« La razón de ser de la autoridad especial que se concede al maestro en la educación es que esa autoridad es el único medio de asegurar el desarrollo del discípulo. Para conseguir el resultado es preciso que, por una parte, el maestro pueda contribuir eficazmente á ese desarrollo y por otra parte que *quiera*.

« Ante todo que pueda, y para ello es necesario que sepa

aquello que debe transmitir y que tenga sobre el discípulo la ventaja de la experiencia y de una plena y serena posesión de los conocimientos cuyos elementos ha de comunicarle.

« Pero eso no basta : lo que él sabe á fondo es preciso que aprenda á enseñarlo. Dar una enseñanza, realizar una educación es un arte que tiene sus reglas y sus secretos. Son necesarias para ello condiciones de ingenio, es decir, aptitudes y costumbre, que permiten al maestro, por ejemplo, si se trata de enseñanza, exponer con orden y al mismo tiempo con variedad, trazarse un plan y seguirle sin exceso de rigor dogmático, saber infundir la luz en el espíritu de los niños, insistir acerca de lo importante y sacrificar ó aplazar lo accesorio, etc.; y si se trata de educación, vigilar delicadamente y corregir aún con más delicadeza los defectos del espíritu ó del carácter, persuadir y mandar alternativamente, animar con oportunidad y sólo lo bastante para no enorgullecer, gobernar, en fin, según principios muy fijos y al mismo tiempo con matices muy sutiles ese pequeño pueblo, tanto más difícil de manejar, cuanto que es más débil y más impotente para dirigirse á sí mismo. Son precisas también condiciones de carácter, cuya ausencia bastaría para hacer fracasar la obra, tener el don de la paciencia, un aspecto que no es completamente el de la vida ordinaria, una cierta mezcla de gravedad y de jovialidad en el tono que gane inmediatamente á los niños, precauciones extremas para evitar cosas que en el mundo y en el comercio de la vida son aceptadas y aun buscadas, evitar la ironía, las contradicciones, las paradojas y todo lo que haga brillar al maestro á expensas del discípulo, mucha indulgencia y ninguna traza de debilidad, nada nervioso, nada brusco, una firmeza inflexible y una dulzura paternal, un gran fondo de sencillez en todo y, en fin, un esfuerzo en cierto modo constante y que debe llegar con el tiempo á ser habitual, para acercarse á la naturaleza del niño, vivir su misma vida, someterse á su tono, comprenderle, sufrirlo y amarle.

« Esta última palabra nos hace pasar al segundo orden de condiciones ; es preciso que el maestro *quiera* trabajar para el desenvolvimiento del niño. No se trata, en efecto, tanto de saber como de querer. Si tiene una firme decisión de enriquecer el patrimonio de la joven alma que se le ha confiado, obtendrá éxito infaliblemente aun teniendo conocimientos limitados. Si ama á sus discípulos resolverá como por intuición una multitud de los problemas prácticos de que se compone su arte, pues nunca se repetirá bastante que la educación es un arte que procede más bien por experiencia que por fórmulas ; observará una justa medida entre la autoridad y la libertad y respetará la iniciativa del niño sin exigirle demasiado ni abandonarla á sí misma. De este modo adquirirá sobre él tanto mayor ascen-

diente cuanto menos se ocupe de sí mismo y más de su discípulo, y se perfeccionará para perfeccionar al niño (1). »

**Poder y límites de la educación.** — Fontenelle se engañaba seguramente cuando decía : « Ni la buena educación da el buen carácter, ni la mala le quita. » Creemos, por el contrario, que la educación desempeña un gran papel en la formación de las altas virtudes y de las cualidades superiores del espíritu y contribuye á formar y á empeorar los caracteres. Pero no llegamos á creer, con Locke y con Helvecio, que la educación es omnipotente. Se puede, sin duda sostener que, idealmente, es infinita (2). Pero en realidad está limitada en su acción, ya por las aptitudes y las cualidades naturales de los individuos sobre los cuales se ejerce, ya por el tiempo de que dispone.

No diremos, pues, con Helvecio, « que todos los hombres nacen iguales y con las mismas aptitudes y que la educación produce las diferencias ». Es preciso dar á las cualidades naturales lo que es suyo, así como á las cualidades adquiridas que la educación injerta en la naturaleza.

Un escritor contemporáneo se equivoca también cuando escribe : « La educación no influye más que sobre las naturalezas medianas (3) ». No es cierto que los grandes hombres no tengan más que el trabajo de nacer, y diríamos de buena gana, en sentido contrario, que la influencia de la educación llega á su máximo cuando la naturaleza misma somete á su acción bienhechora su más rico contingente de fuerzas y de facultades. La educación no puede nada si no encuentra gérmenes que desarrollar, y en las almas en que esos gérmenes son más numerosos y más nutridos de savia natural es donde adquiere toda su perfección.

Si se estuviera dispuesto á exagerar el poder de la

(1) *Dictionnaire de pédagogie*, artículo ÉDUCATION.

(2) M. Marion, *Cours sur la Science de l'éducation*, ya citado.

(3) M. Ribot, de *l'Hérédité*, p. 486.

educación hasta creer que puede transformarlo todo, habría que recordar el ejemplo famoso de la educación del Delfín por Bossuet, la excelencia del maestro y la definitiva medianía del discípulo. Pero si, por otra parte, se tuviese la tentación de dudar de la eficacia de la educación, apeláramos al testimonio de la educación del duque de Borgoña que, dirigida por Fenelón, desarrolló casi todas las virtudes en un alma en que la naturaleza parecía haber puesto el germen de todos los vicios.

Para negar el poder de la educación sería preciso empezar por negar la influencia de las costumbres, que desempeñan tan gran papel en la vida y que casi todas proceden del modo como hemos sido educados. Nuestro talento como nuestro carácter, depende en gran parte de la educación.

« La educación, dice Guizot, fortifica en la infancia las facultades débiles ó perezosas. Nadie ignora el poder que tienen el ejercicio y la costumbre para hacer más fácil la memoria y más sostenida la atención. Nuestras facultades, en lugar de gastarse, aumentan con el uso. Son innumerables los ejemplos de los éxitos de la voluntad aplicada al perfeccionamiento de una cualidad cualquiera (1). »

**La educación y la escuela.** — Para justificar el poder que atribuimos á la educación es preciso salirse de los límites de la escuela y comprender la educación en su sentido más amplio. No existe tan sólo, en efecto, la educación propiamente dicha ó sea la que proviene de la acción directa de los pedagogos; hay la educación de la familia y también la del medio social en que se vive. Existe lo que se ha llamado ingeniosamente los *colaboradores ocultos* de la educación, el clima, la raza, las costumbres, las instituciones políticas, las creencias religiosas. Existe también la educación personal, la que cada uno se da á sí mismo y que dura toda la vida.

(1) Guizot, *Conseils d'un père sur l'éducation*, en las *Méditations et Études morales*.

Pero la influencia de la escuela no es por eso menos grande, ni menos formidable la responsabilidad del maestro. La educación personal no es más que la continuación de las buenas costumbres adquiridas en la escuela. En cuanto á las influencias externas, no son más que auxiliares, que nada pueden sin la acción esencial de una educación regular, ó enemigos contra los cuales es preciso obrar por medio de una buena cultura escolar. Cada vez es más cierta la afirmación de Leibnitz según la cual « los encargados de la educación tienen en sus manos el porvenir del mundo. »

**La educación en una república.** — Bajo un régimen republicano, en una gran democracia, la educación adquiere nueva importancia, porque en este caso hay que pedir á las virtudes, al saber, á la libertad de cada ciudadano el orden y la paz que en otro tiempo imponía el despotismo á la ignorancia y á la obediencia pasiva.

« Las instituciones republicanas, dice Horacio Mann, ofrecen facilidades tan grandes á los malos de todos los géneros, como la que el fósforo y las cerillas fosfóricas ofrecen á los incendiarios (1). »

Pero esos peligros no desaniman al gran filántropo americano, porque ante todo es imposible retroceder: « Se haría retroceder al sol mejor que monopolizar de nuevo entre las manos de un reducido número una pequeña parte del poder que ha sido entregado á las masas. Pero también en nombre de la dignidad humana y de sus derechos conviene reclamar el libre desarrollo de las energías naturales y protestar contra todo sistema que tienda á anularlas.

« Bajo el despotismo, el alma, creada para admirar, gracias á la inteligencia, los esplendores del universo, para recorrer con ayuda de la ciencia el espacio y el tiempo, para identificarse por simpatía con todos los dolores y todas las alegrías, para conocer á su autor y su destino inmortal, es rechazada

(1) Horacio Mann, obra citada, p. 59.

en todas sus expansiones; todas las salidas se le cierran, es encadenada al suelo vasallo en que ha visto el día, y la tierra misma, como sus habitantes, es desecada por la maldición de una servidumbre común. En los despotismos orientales y africanos el alma de millones de seres crece como podrían crecer los árboles de una selva en las profundidades de una caverna, sin fuerza, sin belleza, lejos de los alientos perfumados, en la sombra de la impureza, alimentadas por las emanaciones pestilentes de los pantanos, sin poder crecer ni extenderse, contenidas por sólidas barreras, forzadas á replegarse sobre sí mismas y tomar formas extraordinarias y fantásticas. Las facultades del espíritu humano aprisionadas en las cavernas del despotismo se mueren en medio de una noche intelectual más profunda que la oscuridad de un subterráneo. Las más puras y santas emociones son ahogadas; las frescas y nobles emociones del corazón se truecan en odio hacia el bien y en idolatría hacia el mal por falta de luz y de aire, de libertad y de instrucción. El daño más grande que la sociedad puede experimentar es el daño moral que resulta de las tentativas de la fuerza para destruir las energías del alma en vez de reglamentarlas (1). »

**Conclusión.** — La educación, pues, debe ser á la vez una excitación y una regla. No temamos libertar y emancipar los espíritus si sabemos al mismo tiempo descubrir el secreto de moderarlos, de contenerlos ni si por una cultura suficiente les hacemos encontrar en sí mismos el freno necesario para reformar las pasiones y los malos instintos.

Por esto el fin supremo de la educación es la cultura del carácter. Oramos, en efecto, según nuestro carácter y vale más obrar bien que pensar bien. Es cierto que nuestro carácter depende sobre todo de nuestros sentimientos y de nuestros pensamientos, ó en otros términos, que la educación moral proviene en parte de la intelectual, pero no por eso deja de ser la educación moral el fin último de nuestros esfuerzos.

Para alcanzarle, no basta evidentemente poseer instrucción; es preciso tener también las virtudes del corazón y de la voluntad. Se ha dicho que la educa-

(1) Horacio Mann, obra citada, p. 54.

ción tendía á formar hombres, y para esto conviene que los maestros empiecen por ser hombres ellos mismos.

« El que emprende una educación debe empezar por acabar la suya. Emilio Souvestre ha puesto en acción esta verdad. Un padre joven que espera el nacimiento de un hijo, se rodea de tratados de educación, pero la lectura de tales obras no hace más que aumentar sus dudas. Por fin se pone á reflexionar y considerando la inmensa acción del padre y de la madre, en el cuaderno que tenía preparado para tomar notas, debajo del epigrafe: *Preceptos de educación*, escribe solamente estas dos palabras: *Hacerse mejor* (1). »

(1) Chauvel, *l'Éducation*, p. 73.

## LECCION II

### LA EDUCACIÓN FÍSICA.

Un espíritu sano en un cuerpo sano. — La educación física para el bien del cuerpo. — La educación física para el bien del espíritu. — La educación física como preparación para la vida profesional. — Principios de la educación física. — Fisiología del niño. — Importancia de las nociones fisiológicas. — Educación negativa y positiva del cuerpo: higiene y gimnástica. — Higiene escolar. — Principio del endurecimiento físico. — La limpieza. — Los vestidos y la alimentación. — Otras prescripciones de la higiene. — La gimnástica en general. — Otros resultados de la gimnástica. — La gimnástica militar. — La gimnástica de las niñas. — Programas escolares. — Los juegos y la gimnástica. — Necesidad de los juegos. — Los ejercicios físicos en Inglaterra. — Conclusión.

*(desde)*  
*esta*  
Un espíritu sano en un cuerpo sano. — « Tal es, dice Locke, la breve pero completa definición de la felicidad en este mundo ». Tal debe ser también el fin de la educación. La educación física no puede separarse de la intelectual ni de la moral por dos razones; primera porque la salud y la fuerza del cuerpo son deseables y buenas en sí mismas, pues forman parte de la vida completa y perfecta que es la aspiración de la naturaleza y el sueño de la educación. Y segunda, porque el desarrollo del cuerpo es una de las condiciones para el desarrollo del alma, puesto que la vida superior del espíritu no es posible si no tiene como soporte una vida física robusta y sana.

**La educación física para bien del cuerpo.** — En ciertas épocas se ha podido creer que el ideal consistía en desdeñar el cuerpo y hasta en humillarle,